

REFLEXIONES SOBRE UNA LACRA SOCIAL: LA AGRESIVIDAD INFANTIL

Fátima Martín Sánchez

Dra. Universidad de Salamanca. Dra. en Filología Trilingüe. Profesora de Pedagogía

RESUMEN:

La agresividad infantil es un comportamiento frecuente hoy en día entre los niños y constituye un problema de primer orden en la convivencia social. Establecer su desarrollo en ciclos especiales y temporales es tarea pedagógica ineludible. Para ello se requiere individualizar cuáles son los factores y circunstancias que inciden en su origen, desarrollo y mantenimiento: familia, escuela, espacios de ocio y juego, espectáculos... De su influjo perturbador se deduce la necesidad de erradicar la agresividad infantil y convertir esta tarea en imperativo moral de padres y educadores.

ABSTRACT:

Child aggressiveness is a frequent behavior among children nowadays, and is a major problem in social coexistence. Establishing its development in special and temporary cycles is an unavoidable pedagogical task. Therefore it is necessary to identify the factors and circumstances that affect its origin, development and maintenance: family, school, hobbies, spectacles... Because of its disturbing influence, it is necessary to eradicate child aggressiveness, taking this task as a moral imperative for parents and educators.

PALABRAS CLAVE: *Agresividad, violencia, conducta, familia, escuela, disciplina, victimización, responsabilidad.*

KEYWORDS: *Aggressiveness, violence, behavior, family, school, discipline, victimization, responsibility*

1.- PORQUÉS Y EVOLUCIÓN DE UNA CONDUCTA LAMENTABLE.

Existe un hecho, que preocupa a toda la sociedad y, particularmente, a los especialistas de la conducta humana: la agresividad en el hombre. Tal fenómeno cobra una relevancia especial cuando aparece o tiene sus manifestaciones en la edad infantil. Nos referimos a una lacra social. Esta constituye hoy uno de los problemas más acuciantes que tiene planteados la pedagogía actual. Se multiplican las situaciones en las que se

encuentran implicados niños, que padecen las consecuencias de conductas agresivas y que desborda la familia y la escuela. Se trata de uno de esos problemas sociales endémicos, que permanece enquistado en los cambios y, por consiguiente, presenta serias dificultades para su tratamiento.

Estudios realizados por psicólogos y pedagogos nos muestran que, al menos, un 5% de los chicos presentan desórdenes de conducta relacionados con la agresividad. Tomando como dato comprobado que la conducta agresiva se manifiesta desde edades

muy tempranas y que, además, se caracteriza por su frecuencia y por afectar ampliamente a determinados comportamientos de la persona, nos atrevemos a formular una serie de interrogantes que están en el sentir de muchos: ¿Qué preguntas nos hacemos los adultos al contemplar conductas agresivas? ¿Dónde tiene presumiblemente sus orígenes la agresividad de los niños? ¿Cuáles son los factores que la condicionan o la causan?, ¿Qué consecuencias acarrea para quienes la ejercen o la soportan?, ¿Qué trastornos produce la agresividad en las aulas? ¿Quiénes y cómo deben aportar soluciones a las conductas agresivas? etc...

De partida se precisa anotar que la agresividad guarda una estrecha relación con los procesos y el estadio del desarrollo evolutivo en que se encuentra el individuo. Existen comportamientos agresivos propios de unas circunstancias especiales, de momentos o edades determinadas, de situaciones peculiares que, una vez que las mismas son superadas, desaparecen las actitudes agresivas, o incluso, si persiste el comportamiento agresivo, este sería inapropiado para el nivel evolutivo del niño. Por ejemplo, las rabietas entran dentro de los parámetros de la normalidad hacia los tres años de edad del niño y, por ello, en este momento no deberían preocupar a los padres, pero se convertirían en objeto de estudio y tratamiento si persistiesen y trascendiesen los seis años.

Es difícil fijar con precisión el momento en el que aparece la agresividad en el niño; sin embargo sabemos que éste reacciona desde muy temprano contra toda frustración, restricción o irritación. Las primeras manifestaciones agresivas responden a situaciones azarosas e imprevistas, pero a medida que crece el niño, aquellas se van centrando en objetivos concretos y tienen como finalidad la hostilidad y la venganza.

Un comportamiento frecuente del niño recibe el nombre de “rabieta”. Esta constituye una de las manifestaciones más claras de excitación en los niños. La rabieta tiene por objeto un hecho concreto: la frustración de un deseo, la prohibición de una acción, un capricho negado... Las rabietas están orientadas en cada edad a cumplir unos objetivos diferentes. En los niños menores de un año responden generalmente a la ausencia de cuidados o a la necesidad de ver satisfechas una serie de necesidades. Es un modo de llamar la atención y su finalidad es lograr cuidados. A los dos años, a medida que la personalidad del niño aumenta, las rabietas surgen como consecuencia de un conflicto con la autoridad. El niño se ve obligado en numerosas ocasiones a cumplir órdenes que no siempre coinciden con sus gustos y apetencias, lo cual provoca el choque con superiores o con iguales. Se trata de incrementar el dominio o el poder frente a potenciales rivales o colegas.

A medida que el niño avanza en edad, entre los tres y cuatro años, momento en el que la autoafirmación de la propia identidad se incrementa, las manifestaciones agresivas se recrudecen y constituyen una forma de interacción prácticamente habitual. Los episodios de rabieta adquieren mayor expresión física, ya que suelen ir acompañadas de actuaciones y gestos exagerados como pataletas, lloros desesperados, golpes, agresiones... A partir de los cuatro años, los deseos frustrados focalizan la conducta agresiva. Ésta se produce cuando el niño choca con algún obstáculo que le impide satisfacer sus deseos y tiene un foco concreto: se centra en la persona u objeto que el niño percibe como causante de su frustración.

Es de tener en cuenta que la espontaneidad es el modo más común de comportamiento de los niños, al vivir un mundo liberado de coacciones por la

protección paterna o familiar. En situaciones excesivamente proteccionistas, la autoafirmación se ve acompañada de actitudes egoístas. No hay que perder de vista que los niños al actuar con espontaneidad, remiten sus actos al propio ego, resultándoles difícil comportarse altruistamente, ser generosos, hacer renunciaciones y sacrificarse por los demás. Pasar del espacio familiar polarizado en los intereses particulares al comportamiento socializado exige tiempo y aprendizaje. Hasta tal punto la polarización en el yo predomina en edades tempranas que la interacción social en estas edades se caracteriza por frecuentes brotes de conflictividad y agresividad.

La agresividad entre niños y adolescentes adquiere rasgos diferenciales cuando acontece entre sexos diferentes. Al decir de los expertos, a partir de los dos años, los varones son más agresivos que las mujeres. El varón se muestra más violento y usa la fuerza. Esto se atribuye a que los niños suelen ver con más frecuencia programas con violencia, como guerras, peleas, aventuras de riesgo... La agresividad, por otra parte, se expresa de formas y comportamientos diferentes. Los niños la canalizan generalmente mediante ataques físicos mientras que las niñas la enfocan desde el punto de vista verbal. También la duración de la agresividad es otro de los aspectos que marca distancias entre ambos sexos: frecuentemente perdura más en los varones. Tal vez la explicación a este hecho se encuentre en factores culturales y con los roles que unos y otras asumen. Tradicionalmente se ha sido más condescendiente con la agresividad masculina porque se la consideraba un rasgo ligado a la virilidad, mientras que a la mujer se la ha educado para ejercer la sumisión.

Se suelen describir las peculiaridades de las diferentes fases evolutivas de la agresividad distinguiendo etapas según la edad: de los cuatro a los siete años, el niño la

expresa a base de enfados, celos, la orienta contra los padres o familiares y su finalidad es exteriorizar el conflicto amor-odio que genera la internalización de las normas sociales. La agresividad se vincula a la autoafirmación de sí mismo frente a mandatos, prohibiciones o rechazos. Con frecuencia el objeto se desplaza hacia un hermano o amigo, los juegos toman un cariz agresivo y la convivencia familiar se deteriora. En este momento tendría lugar el paso de la agresividad que aspira vencer a la agresividad hostil en la que subyace el deseo de hacer daño al otro.

Entre los seis y catorce años se abre un mayor abanico en cuanto a las formas de agresión: enfado, disgusto, envidia, fastidio, celos, crítica, empleo de la fuerza, estrategias disuasivas... etc. A medida que la edad avanza, la agresión se reviste de apariencias de racionalidad tendentes a presentar los componentes emocionales bajo argumentaciones justificadoras. Es periodo, por otra parte, en el que el objeto de las agresiones también se amplía de los padres a los hermanos, e incluso al propio sujeto. El fin perseguido es competir, defender la justicia, dominar los sentimientos... Simultáneamente ganan terreno el autocontrol y la racionalidad. El incremento de autoestima a causa de la mayor maduración del "yo" se traduce en mayores diferencias entre sexos a la hora de actuar en enfados, críticas o estrategias de daño y venganza. En la adolescencia asistimos a la configuración de la agresividad que conformará la edad adulta del individuo. El objeto se centra en uno mismo y la finalidad es mantener el equilibrio emocional sobre todo en relación con la autoestima.

Las manifestaciones más exacerbadas de la agresividad se van desvaneciendo a medida que el niño avanza en el proceso de socialización ya que se desarrollan mecanismos de control interno eficaces que ayudan al niño a resolver los conflictos desde

el punto de vista social. La convivencia, los vínculos familiares y las herencias culturales, costumbres o vínculos familiares generan componentes morales en el niño, que remarcan valores como la justicia, la solidaridad, la generosidad, etc. que contrapesan los sentimientos y tendencias agresivos. Ésta es una consecuencia de la asunción e incorporación de reglas aprendidas en su relación con los demás, gracias a las cuales nace en su conciencia la idea de respeto a sus congéneres y la noción de propiedad ajena.

2.- PREDISPOSICIÓN A LA AGRESIVIDAD.

En época en la que la antropología viene acentuando la relevancia del componente somático y biológico de la persona en sus opciones y decisiones parece pertinente preguntarse si se puede hablar de una cierta predisposición a la agresividad en algunas personas, o lo que es lo mismo, ¿existen personalidades agresivas? Simplificando mucho y vista la pregunta así parece que estamos defendiendo un determinismo en este tema. Lo cual se haría eco de posiciones defendidas por los neurocientíficos, que encuentran en nuestro cerebro estructuras estables que fijan de antemano nuestros comportamientos, reduciendo el ancho campo que la tradición asignaba a la libertad.

Lo que sí parece cierto es que hay un determinado grado de estabilidad en la tendencia a expresarse con agresividad en algunas personas, independientemente del lugar y del momento en el que se encuentra el sujeto. Así, encontramos individuos que muestran comportamientos agresivos en algunas situaciones y que manifiestan una clara inclinación a mantener esta conducta y a ser persistentes en sus respuestas. Basta a este propósito presenciar un debate político o asistir a un partido de fútbol. Lo que parecía ocasional e infrecuente se transforma en

costumbre y hábito estable. Lo cual transferido al problema que nos ocupa, la predisposición orgánica a la agresión, lo enunciaríamos así: mostrar manifestaciones agresivas acontece en un momento determinado y de forma casual, o, por el contrario, la agresividad es un ingrediente esencial y estable en la conducta de un individuo. Con otras palabras: ¿una persona, niño o adulto, es agresivo por constitución natural o se torna agresivo porque quiere y cuando quiere? Tener ideas claras al respecto es condición indispensable para un tratamiento adecuado de los episodios agresivos.

Se suele aceptar que si una persona utiliza la agresión como una forma estable y persistente para dar respuesta a situaciones adversas de la vida diaria, tenemos elementos de juicio para decir que estamos ante personalidades agresivas. Esta agresividad puede ofrecer una rica variedad en cuanto a sus formas de expresión. Las investigaciones realizadas con niños han revelado que aquéllos que tienen propensión a la violencia, cuando están activados emocionalmente, no propinan los ataques a los otros de una única manera sino que presentan diversas formas unidas por un denominador común: el deseo de causar dolor al otro. Y así presenciamos peleas, insultos, ridiculizaciones, pegar con la mano, dar patadas, romper enseres ajenos, injuriar, etc.

Desde el punto de vista de la integración social del niño, sea en el reducido espacio familiar sea en el más amplio mundo escolar, la agresividad suele ir ligada a otras conductas antisociales que no tienen nada que ver con la edad o el entorno. Muchas de las personas con propensión a la agresividad presentan conductas antisociales en otros aspectos como el espacio laboral, los eventos deportivos, el ocio, el transporte público, etc., violencia sistemática que también practican en diversos lugares como el hogar, la escuela, la calle, etc.

Otro aspecto importante de la conducta agresiva es su continuidad longitudinal, como han puesto de manifiesto investigadores en diferentes estudios que miden y comparan la agresividad en distintos momentos de la vida de un sujeto. Olweus realizó la primera muestra cuando los individuos con los que trabajó tenían entre 2 y 8 años; repitió la misma con intervalos de tiempo de 6 meses y 21 años. Al final, encontró una relación elevada entre los niveles de agresividad de los sujetos que fueron diagnosticados como agresivos en el primer momento y los reflejados en las mediciones posteriores. De donde se deduce que los niños que han sido agresivos en su infancia tienen una mayor probabilidad de presentar conductas antisociales a lo largo de su vida adulta.

3.- FACTORES ESTIMULANTES DE LA AGRESIVIDAD INFANTIL.

Efectuar un recuento de situaciones y factores que estimulan la agresividad resultaría tarea prolija dados los análisis y el anecdotario de pedagogos, psicólogos y sociólogos que han tratado estos temas. Merece la pena, sin embargo, efectuar un recuento, sin pretensiones de agotar la materia, porque son muchos los factores que contribuyen a que se desarrolle la agresividad en los niños. Tanto más cuanto que estar apercebido de los estimulantes de la agresividad permite encauzar estrategias de erradicación de los mismos y de obviar situaciones de peligro. A continuación haremos desfilar un elenco, a los que se refieren los tratadistas del tema, y que inciden, en nuestra opinión, de una manera más directa en la aparición del hecho agresivo.

3.1.- Factores biológico-somáticos.

Ya hemos hecho alusión a la relevancia que la antropología contemporánea concede al cuerpo y a la biología del organismo humano. Que tal condición incida en las conductas

agresivas parece opinión razonable. Se opina, incluso, que causas biológicas como el periodo del embarazo, el uso del alcohol o de otras drogas inciden en el posterior carácter del niño. Numerosos autores piensan, aportando pruebas, que existen unas predisposiciones biológicas hacia las conductas inadaptadas; para ellos la agresividad brota de manera endógena con leves influencias del ambiente y de los estímulos sociales. De ahí que gran parte de los seres humanos exterioricen comportamientos agresivos lo cual lleva a pensar que se trata de un instinto innato. Tanto más cuanto que el fenómeno de la violencia se encuentra en todas culturas. Lo cual sugiere la sospecha de su origen innato.

Habida cuenta de los trabajos aludidos, podemos concluir que cada individuo desarrolla tempranamente un nivel innato de agresividad y que ésta permanece bastante estable a pesar de las variables de tiempo, situaciones o circunstancias. Este hecho nos induce a pensar que la agresividad está constitucionalmente, aunque en cierto grado, determinada y forma parte de los comportamientos humanos.

3.2.- Factores socio contextuales.

Muy opuesta es la apreciación de quienes acentúan el influjo de factores exógenos. La agresividad estaría condicionada en gran medida por el influjo que ejerce el contexto en el que se mueve el niño. La sociedad constriñe a la persona configurando su conducta, como es bien sabido que establece la sociología de Durkheim. El medio rural o el contexto urbano determinan espacios y tiempos en los que las relaciones de convivencia se concretan en afectos y desafectos.

Las consecuencias de la conducta agresiva no se hacen esperar. Destaca, entre ellas, el rechazo que sufre el agresor por parte del grupo de referencia, especialmente por los adultos y los efectos que revierten

sobre el propio sujeto de conducta inadaptada. Al contraponerse agresores y agredidos se dibuja una espiral que se abre con esta premisa: la conducta agresiva es la consecuencia del rechazo que experimenta un individuo por parte de su grupo social que lo conduce irremisiblemente al aislamiento. Dicho rechazo y aislamiento privan al niño de experiencias elementales de interacción social, imprescindibles para el desarrollo de su carácter.

Son numerosos los autores que han centrado su atención en estudiar estos efectos y han concluido que cuando un niño agresivo es rechazado, crece inevitablemente con la convicción de que el mundo es hostil y está enfrentado a él. Naturalmente, este sentimiento de rechazo y hostilidad le relega a un estatus negativo dentro del grupo al tiempo que le obliga a dar un giro en sus relaciones sociales y a recuperar su autoestima buscando el apoyo y respaldo social de aquéllos con los que se siente compenetrado. De ahí que el entramado de relaciones en los niños desadaptados esté tejido normalmente por niños que comparten sus estatus de rechazo. Es así como se forman grupúsculos desestabilizadores en el seno de un colectivo en el que tienen cabida estas subculturas, dotadas de una red relacional muy jerarquizada y fuertemente cohesionada, que consolidan y perpetúan el círculo de hostilidad.

Los dos factores ya aludidos: los reiterativos fracasos en sus relaciones sociales y la percepción hostil que tienen del mundo que les rodea, nos lleva a sacar una conclusión: la autoestima de los alumnos agresivos es baja.

3.3.- *La familia.*

El contexto o entorno primario y más cercano se concreta en la familia. Se sabe que la vida familiar y la conducta de los padres actúan como caldo de cultivo de la agresividad. Es la etapa de la vida del niño

que deja mayor impronta en el individuo. Abundan los estudios que se han realizado sobre este tema con la intención de perfilar los matices de las relaciones familiares y conocer el alcance de su implicación en la conducta agresiva infantil. El modelo de vida familia deja impronta permanente en sus miembros. En la familia pueden existir desavenencias, discusiones, maltratos, reyertas... Los niños reproducen lo que ven y viven. Las conductas antisociales que se generan en el seno de una familia constituyen el embrión y el entrenamiento de la conducta antisocial que manifiestan los adolescentes en otros ambientes, como ocurre en la escuela. Este proceso se inicia con la imitación de modelos coercitivos en la familia y, posteriormente, pasa a ser la tónica general en las relaciones interpersonales al margen del lugar y de los sujetos que entren en escena.

Partiendo de la base de que la parcela de entorno más próxima y significativa para el niño en los primeros años de su vida y en la que realmente se mueve al principio de ella es la familia, y concretamente sus padres, podemos decir que las conductas agresivas se generan en el núcleo familiar y que los padres enseñan a sus hijos a ser agresivos, aunque sea de un modo inconsciente. No podemos ignorar que los modelos de conducta agresiva que ofrecen los padres y adultos, los refuerzos que brindan a la conducta agresiva de sus hijos a través de actitudes cargadas de violencia, tensiones familiares motivadas por el estrés, la ansiedad, problemas afectivos y emocionales, situaciones precarias desde el punto de vista económico, etc., allanan primero y abonan después el camino del aprendizaje de conductas agresivas e incitan al niño, en múltiples ocasiones, al comportamiento agresivo y a la victimización.

Entre las variables que concurren en el desarrollo de la agresividad infantil en el seno de una familia se encuentran: la carencia de

estructuras que sirvan de marco de referencia y marquen, por una parte, pautas definidas y claras de lo que se espera de cada uno de los miembros de la familia y, por otra, otorguen cohesión al grupo, la incoherencia en el comportamiento de los adultos censurando, aprobando o ignorando un mismo hecho, condicionando su calificación moral exclusivamente al estado anímico del momento, la desunión y la falta de apoyo mutuo de los cónyuges a la hora de dar normas y de valorar comportamientos de los hijos, el empleo de la violencia en la resolución de conflictos de pareja, el aislamiento de la familia, la ausencia de manifestaciones afectuosas, el recurso a los castigos corporales, la falta de control por parte de los padres y la historia familiar caracterizada por conductas antisociales. Estas situaciones familiares ejercen una poderosa influencia en la formación de valores morales, roles y marcan la pauta de las relaciones sociales del niño cuando se incorpore a otros ámbitos de socialización y trate de integrarse en otros contextos como son la escuela, grupos de amigos, etc.

3.4.- *El ámbito escolar.*

El ámbito escolar, donde el niño transcurre una gran parte de su tiempo, deja un poso poderoso en él y es el caldo de cultivo donde se alimentan las conductas antisociales. Los comportamientos agresivos vividos en la familia se repiten en la escuela. Hoy en día proliferan en el aula los episodios denominados *bullying* o *acoso escolar*. Éste se desarrolla siguiendo un proceso que recorre tres estadios: en un primer momento, el niño tiene conductas antisociales, como desobediencias, peleas, algún hurto, mentiras evasivas etc. como consecuencia es excluido del grupo de iguales y acumula rechazos y fracasos. Una vez iniciado este proceso, consumarlo simplemente es cuestión de tiempo pues las probabilidades de acceder a los distintos estadios de la conducta agresiva aumentan considerablemente.

Las conductas antisociales conllevan un deterioro progresivo en dos áreas: por una parte en los problemas de relación entre iguales y, por otra, en las deficiencias escolares. La violencia perturba las actividades pedagógicas, generando desorden e indisciplina y perjudica al correcto funcionamiento de la labor docente, desviando la docencia hacia problemas de indisciplina. El rendimiento escolar se resiente en un clima de violencia. Los individuos que comienzan pronto la práctica de estas conductas, suelen convertirse en agresores crónicos.

Una figura escolar de no escasa incidencia es el apodado “matón de aula”. Su frecuencia y versatilidad perturba la paz y concentración exigibles en la productividad académica. El etiquetado como el “matón” del aula ataca e intimida a los compañeros con premeditación calculada y llevando a cabo acciones coercitivas. Generalmente, el “matón” no necesita la provocación de la víctima, sino que tortura y atormenta a un compañero reiteradamente y lo hace de una manera fría y calculada. Se sirve de este comportamiento para demostrar su fortaleza, su capacidad de dominio, control y su superioridad frente a compañeros que por el esfuerzo, la disciplina o las propias dotes personales tienden a sobresalir y obtienen éxitos y reconocimiento.

La escuela aparece como espacio idóneo para ensayar métodos de corrección de la agresividad. Los docentes son siempre referentes del orden, del trabajo y de la aplicación. Desde el extremo de quienes, restando relevancia al problema, propugnen la tolerancia o el desinterés, hasta quienes ejerzan el celo o la responsabilidad, existen estrategias de prevención de conductas y solución de conflictos: el diálogo con los padres es una de ellas, también la conversación con el niño, o medidas disciplinarias si el caso las requiere. El intercambio informativo verbaliza los

contextos y situaciones del episodio agresivo. Aconsejables son, en todo caso, la creación de espacios de reflexión en los que los docentes adquieran conciencia del problema y de posibles métodos de prevención. Estos programas escolares de control de la violencia se orientan a concienciar a los educadores, a incrementar su responsabilidad y a desarrollar competencias en el fortalecimiento de la disciplina, potenciando valores como el respeto, la tolerancia o la paz.

3.5.- *Los medios de comunicación y espectáculos.*

La presencia frecuente de los medios de comunicación en la vida actual: televisión, cine, Internet,... acuña modales y formas de conducta en todas las edades, y sobre todo, en aquellas más influenciadas como son las de los niños. Se trata de la exposición repetida a la violencia en los medios de comunicación, como han puesto de manifiesto estudios que nos hablan de porcentajes muy elevados de niños que presencian películas violentas. El análisis de la investigación ha llevado a sus autores a establecer una relación directa entre las películas violentas visionadas y el crecimiento significativo del nivel de agresión de los individuos, siempre que exista previamente una predisposición fuerte a la agresión. Esto tiene una explicación basada en los componentes cognitivos, es decir: aquellas personas expuestas a escenas violentas sólo tendrán pensamiento e inclinaciones agresivas si entienden que los protagonistas tratan de herir o matar intencionadamente a otro, y por lo tanto, que hay alguna relación entre las acciones que ven y la agresión.

3.6.- *Factores cognitivos y reflexivos.*

Al ajustarse la agresividad a estadios evolutivos y coincidir en este aspecto con la racionalidad y la capacidad reflexiva del niño o adolescente, algunos autores defienden que los individuos agresivos sólo tienen respuestas agresivas a las situaciones adversas

que se les presentan y afirman que la conducta agresiva, como forma de interactuar con el medio, es el resultado de una inadaptación originada por problemas en la codificación de la información que obstaculiza la elaboración de respuestas alternativas. A pesar de que en nuestros días se ha vinculado estrechamente la razón y la emotividad y se ha exaltado la *inteligencia emocional* a instancia directora de elecciones y decisiones, la tradición filosófica siempre enfatizó el papel orientador de la razón en las conductas. No otra cosa significaba apelar a la aristotélica *prudencia* como guía de las conductas. En tal perspectiva se observa que el niño agresivo es menos reflexivo que los niños bien adaptados. Incluso, los jóvenes agresivos presentan serias dificultades para la reflexión sobre sus actos. Estas deficiencias socio-cognitivas inciden de tal manera en las conductas agresivas que pueden mantenerlas e, incluso, aumentarlas.

3.7.- *El espíritu de la colmena humana.*

La emigración del campo a la ciudad ha traído como consecuencia que una gran parte de la población viva confinada en las grandes urbes actuando de manera anónima y despersonalizada. Estas prisas le restan tiempo para reflexionar y las conductas se ajustan a urgencias inmediatas cargadas de improvisación, prisa y otros componentes irracionales. La vida familiar desplaza sus esfuerzos del ámbito de la educación al ámbito del bienestar, del cuidado de los hijos al trabajo remunerado.

Familias que, en su día, buscaron una honorable salida a una situación de miseria vivida en el medio rural, se han encontrado con un estilo de vida que raya con la esclavitud. Por otra parte, la carestía de la vida de la ciudad les exige realizar más de un trabajo remunerado para poder sobrevivir, que además, obliga a sacrificar los escasos ratos de ocio, de comunicación y de contacto personal. En tal situación los procesos de socialización y la convivencia se deterioran.

La frialdad, la incomunicación y la superficialidad en las relaciones humanas campean en el anonimato urbano. Las sugestivas diversiones que atraen a los adolescentes presentándoles la cara fácil y cómoda de la vida y ocultando la cruda realidad, contribuyen a que cuando los individuos despiertan del sueño que los llevó a la ciudad, sufran una gran frustración que alimente la agresividad. En la oferta que nos hace la ciudad: tráfico, prisas, escasez de tiempo, aglomeraciones, diversiones, falta de calidad de vida,... se generan los individuos más agresivos y cuando activan su energía agresiva, pueden acabar con todo porque pierden su dominio y su capacidad de interacción con los demás.

A ello contribuyen los hacinamientos de población. Una vivienda saludable no está al alcance de todas las economías. Muchas veces, padres e hijos se han visto obligados a compartir las mismas habitaciones o, incluso, a vivir como realquilados de otra familia. En ambas ocasiones surgen conflictos.

En el primer caso, los hijos presenciarán relaciones paternas con el consiguiente perjuicio para su formación; en el segundo, surgirán discusiones, envidias, enfrentamientos entre las familias y lo único que les unirá será el odio mutuo. Además, los grandes bloques con viviendas de tipo social no disponen de espacios verdes ni de zonas de juegos para los niños. Consecuencia lógica es que éstos viven confinados en sus reducidas casas estrechándose el cerco de sus relaciones a las que puedan mantener exclusivamente con sus hermanos.

Si una vivienda digna no existe, el niño termina eligiendo otra alternativa: la calle. En ella transcurren sus horas libres y ella será su escuela. Allí están expuestos a todos los peligros y ejemplos que le ofrece la ciudad. Escaparán a ella siempre que puedan porque allí encuentran la libertad. A los arrojados a la calle sólo les resta formar grupos con otros niños de su misma condición y constituir las

pandillas de chicos que pululan por los barrios con el deseo de tener nuevas experiencias, sentir nuevas sensaciones y satisfacer sus caprichos. Muchas de estas pandillas usan una indumentaria característica que los distingue de otros grupos semejantes, utilizan pinturas especiales, tatuajes, etc.

3.8.- Rasgos de la personalidad.

Algunos autores han fijado las características de personalidad que suelen estar asociadas a las conductas agresivas de los niños. Rasgos temperamentales que modulan las conductas. Los alumnos agresores tienen una clara inclinación hacia el psicoticismo que se concreta en gusto por burlarse de los demás, ponerles en ridículo, despreocuparse de ellos, e incluso llegan a mostrar crueldad e insensibilidad insólitas ante los problemas ajenos. Su gran extraversión delata un temperamento expansivo e impulsivo que se traduce en el gusto por las relaciones sociales, la huida de la soledad, la tendencia al cambio, al movimiento y a hacer constantemente cosas. Pero al mismo tiempo, su inclinación a la agresividad es su expresión de interacción social, en la que se enfadan con frecuencia y sus sentimientos son muy variables, buscan el riesgo y sus conductas son volubles. Lo anteriormente expuesto pone de relieve que estos niños padecen “trastornos de conducta” que les inducen a participar en todos los conflictos y a tener problemas tanto con sus iguales como con los adultos.

Factores como la progresiva secularización de la cultura, la confusión moral reinante y el trastocar las normas morales contribuyen a que se tambaleen y se cuestionen los valores asociados a la ética, a la religión o a herencias de la tradición de cualquier pueblo. Está expandiéndose una conciencia liberada de normas y matizada por una carencia absoluta del sentimiento de culpabilidad. Si, por casualidad, uno se siente culpable, inmediatamente busca a otro sobre el que recaiga el peso de sus culpas. De esta forma se va perdiendo progresivamente la

dimensión humana y religiosa al mismo tiempo que se fortalecen la ayuda y la colaboración en todos los niveles.

3.9.- *Prisas, agotamiento, estrés.*

El estilo de vida urbano ha generado las formas de vida del “hombre de asfalto”. La consecución de las necesidades superfluas que “se ha creado” el hombre de nuestro siglo exige unos ingresos económicos que sólo se pueden obtener teniendo un pluriempleo. Esta situación produce un agotamiento físico y psíquico en la persona y repercute en sus relaciones familiares e interpersonales que se tornan crispadas, tensas, distantes y que, a veces, cristalizan en un ensimismamiento y una abstracción que desembocan en un individualismo dispuesto a acabar con una relación sana, equilibrada, distendida y afectuosa. Los problemas familiares son suplantados por los laborales y la esposa y los hijos tendrán que prescindir de la compañía y del respaldo personal y moral de su marido y de su padre respectivamente. Los diversos trabajos remunerados que algunas personas se ven obligadas a realizar para ver logradas sus aspiraciones acaban minando sus fuerzas corporales y mentales, algo que se traduce en unas relaciones familiares frías, tensas y cargadas de agresividad. Así, el padre que llega a casa cansado de su jornada laboral, no soporta que los niños jueguen porque le “molestan”, ni entiende que quieran hablar con él y contarle sus vivencias a lo largo del día. Él les manda callar con malas formas, les aparta de su lado limitándose a ver desfilar un elenco de programas insulsos y vacíos de contenido que le ofrece la televisión. Ésta no le incordia, la esposa y los hijos sí, porque reivindican diálogo y afecto. A cambio, dispone de una serie de comodidades, todo un cúmulo de objetos almacenados en un bazar, todo el bienestar material que se puede conseguir en detrimento de una relación familiar sana, sencilla, afable, equilibrada y amorosa.

Algo parecido sucede al padre de familia en sus relaciones con los vecinos con los que ya no se establecerán lazos afables y amistosos sino que se convertirá en una persona huraña, introvertida y asocial. El cansancio prolongado se adueñará de su sistema nervioso y la irritabilidad estará a flor de piel, dispuesta a dispararse con la mínima intervención de los que le rodean.

3.10.- *Fanatismo e histerias colectivas.*

Lo que antaño acompañaba al fervor religioso o la histeria colectiva hoy ha pasado a ser manifestación que acompaña al partido de fútbol, a las concentraciones musicales en torno a un ídolo o a la manifestación política. La agresividad brota aquí en campo abonado por emotividades descontroladas. Una manifestación política o religiosa que defiende con apasionamiento unas ideas, creencias u opiniones está abocada a la intolerancia e intransigencia. En este caso, los individuos, que abogan por una postura concreta con tenacidad, se cierran ante ella y olvidan las formas de pensar de otros grupos. Es lo que llamamos fanatismo. El fanatismo no conoce el diálogo ni la tolerancia, sólo trata de imponerse por la fuerza, haciendo oídos sordos a la multiplicidad de culturas, confesiones e ideologías que constituyen el entramado de la sociedad. Ignora la “sociedad plural” y logra el empobrecimiento de ésta imponiendo dictatorialmente una única ideología. Consecuencia inmediata es el rechazo que esta actitud provoca en los individuos y el desarrollo del germen de agresividad que todo hombre alberga.

Son noticias de prensa cada día episodios de histeria colectiva en la que participan los niños y en los que el frenesí de unos pocos se convierte en actitud de masas. Como consecuencia del fanatismo, la exaltación de los ánimos es muy frecuente y constante, en ocasiones se llega a un delirio que degenera en una perturbación de los comportamientos. Cuando el hombre olvida la razón para dejar conducirse exclusivamente por los prejuicios

y los sentimientos exacerbados, cuando actúa a la ligera sin tener presente la meta que se ha trazado, entonces se desvía del camino que debía seguir y las consecuencias pueden ser catastróficas e imprevisibles.

3.11.- *Sexualización de las relaciones entre humanos.*

Un relevante espacio de las relaciones entre los humanos, el sexo, presenta al día de hoy una mutación alarmante. Lo que en otros tiempos fue cercado de la privacidad honesta o de la gentileza romántica se ha transformado en territorio de relaciones tensas entre los géneros, más abundante en conflictos que en afectos. No hay noticiario que no traiga noticias sobre abusos, reyertas y desencuentros. Y la trágica nómina de muertes por violencia de género. Donde los idealismos eróticos reflejados en la poesía, la pintura, la música y que la vida cotidiana traducían a su manera de múltiples y exquisitas formas, una agresividad rampante puebla de sucias maneras que van de la grosería a la crueldad. El odio triunfa sobre el amor, el rencor sobre el afecto, el vicio sobre la virtud. En tal contexto la agresividad invade también el espacio en el que el niño crece.

La cultura de hoy día está impregnada de sexo. Éste ha pasado a ser un producto más de la economía de mercado y se hace presente en todos los campos. El erotismo es una plaga social que invade la publicidad. El sexo ha entrado a formar parte de los bienes de consumo y los estímulos eróticos han aumentado desmesuradamente y han saturado el mercado, sin lograr saciar a los consumidores. El niño en tales circunstancias aprende y practica a edad inmadura lo que su entorno le muestra en escenarios cotidianos como la calle, la familia, el círculo de amigos, los medios audiovisuales, anegando su maduración erótica en relaciones inadecuadas cuando no perversas. Estos factores son determinantes a la hora de que la situación cristalice en agresividad.

3.12.- *Influjo de la televisión, de los videojuegos, del cine y de los espectáculos:*

A un colectivo tan influenciado y vulnerable como la infancia y adolescencia, los medios de comunicación encuentran terreno maleable a placer. Destinados a la noble tarea de educar, ejercen con frecuencia otro cometido denigrante: coadyuvan a que se enriquezca la agresividad y la violencia en las mentes de los niños y de los adolescentes. Las famosas películas del “Oeste” e, incluso, diversas series de dibujos animados que se proyectan para los menores, presentan la muerte, la tortura, los ataques y el crimen de manera que estos hechos entran a formar parte de la vida del niño.

Nosotros comulgamos con otros especialistas que aducen que los modelos ofrecidos en la pantalla suelen producir el efecto de **identificación**. Los niños, en virtud de su plasticidad, tratan de imitar los personajes que admiran porque reúnen una serie de “cualidades” muy valoradas por ellos y por la sociedad de hoy, tales como: la audacia, el valor, la arrogancia, la fuerza del hombre frente a la mujer, la prepotencia y justifican las peleas y el derecho a matar del “bueno”. Los niños necesitan modelos y éstos no son otros que los personajes de las películas con los que se identifican; el segundo paso es imitar sus acciones con lo cual la semilla de la violencia sembrada en las mentes infantiles es cuidadosamente abonada y alimentada con los dibujos animados y las películas que se les ofrecen. El tercer nivel consiste en poner en práctica lo aprendido y asimilado durante horas delante de las pantallas; para eso disponen de sus compañeros y amigos que pueden convertirse en víctimas. Por otro lado, los juguetes de los que hace uso el niño son copias exactas de armas reales, lo cual le permite emular auténticos ataques, escenas bélicas o demostrar su fuerza frente al otro en una pelea. Es así como el niño de hoy vive la “violencia” y siente en su interior el anhelo de cometer actos violentos que, por otra

parte, le permiten tener vivencias y experiencias nuevas.

3.13.- *Juegos infantiles.* Los juegos imitan la vida. Y sus escenas, episodios, acción y utillaje trasladan al mundo infantil mucho de lo que los adultos hacen, generando procesos de imitación, identidad, conflicto. En los juegos el niño se proyecta a sí mismo en ideales, valores, afectos y desafectos. En una palabra: traduce de modo espontáneo su carácter y personalidad. Es de aconsejar que la vitalidad natural que hay en el niño y que éste tiende a expresar en el juego, poniendo a prueba sus fuerzas, se trueque en fuerza acumulada, para dar salida con determinados juegos y juguetes a la agresividad natural que esconde.

Frecuentemente los juegos que utilizan los niños están cargados de violencia y predisponen al niño a considerar la fuerza y la agresión como algo natural. Es instructivo observar el comportamiento de los niños cuando juegan. Generalmente, les divierte el miedo que pasan los otros, si el adversario encuentra obstáculos y también les gusta ridiculizar al compañero, etc. Para ellos, los héroes son los que ejercen el poder, soldados, deportistas, policías, vaqueros.... los protagonistas, en una palabra, que detentan más fuerza y a los que les está permitida una conducta arbitraria. Fortaleza y bondad se homologan. Son los mejores quienes tienen más posibilidades de asustar, torturar y amedrentar a los demás. El niño asimila actitudes que inspiran actos como la ley del más fuerte, la venganza de la víctima, la prepotencia, la fuerza, la soberbia, etc., afloran en su vida adulta y actúan en consecuencia mostrando la violencia consigo mismos y con los demás. A este propósito son de recordar el conjunto de juguetes bélicos que ofrece hoy el mercado y provocan la admiración y entusiasmo infantil. Juguetes que, sin embargo, anulan la creatividad del niño, debido al automatismo

que predomina en ellos, que predisponen a la violencia porque presentan luchas encarnizadas, que afectan al oído por sus colisiones estruendosas y que ofrecen batallas cruentas en las que suele triunfar el más aguerrido, el más decidido, el más agresivo, identificado siempre con el bueno.

A veces la violencia que anida en estos niños la expresan dirigiendo violencia contra los animales. Se trata de conductas desviadas no canalizadas de forma normal, cuando el agresor no encuentra viable dirigir la violencia contra su víctima. El animal de compañía o la mascota de turno asumen el papel de agredido soportando la descarga agresiva del niño irritado. Toda la agresividad contenida: rabietas y frustraciones que no pueden liberar contra los mayores la descargan sobre los indefensos animales y lo hacen con saña sobre todo si están en grupo

4.- AGRESIVIDAD, VIOLENCIA Y DISCIPLINA.

Una convivencia correcta y una conducta pacífica exigen el control de la agresividad. Para ello se precisa en primer lugar percibirla como lacra y problema social. Y conceder la importancia que merece el aprendizaje del dominio de la propia agresividad y la de los congéneres para conseguir tanto en la familia como en la escuela y en la sociedad un buen desarrollo del niño. Se necesita lograr un cierto grado de control sobre las influencias e imposiciones provenientes de los seres que nos rodean con el fin de poder mantener una relativa independencia individual que permita debilitar el gregarismo en las conductas. Este fenómeno, difícil de erradicar en algunos momentos, generalmente se convierte en un obstáculo para alcanzar la propia autonomía y la capacidad de decisión moral.

En un estadio superior al de la agresividad natural hacia los otros y al de la experiencia en la que todos vivimos en conflicto casi permanente con nosotros mismos, se

encuentra la actitud que acompaña a la agresividad: la violencia. Esta consiste en un comportamiento marcado por la pasión y la fuerza, que practica una agresividad gratuita y cruel. Y que hiere y denigra tanto al agresor como a la víctima. La violencia se consume en golpes, insultos, lesiones.... Tanto desde una posición psicológica como social, es preciso dejar bien sentado que, al margen de toda justificación cultural, social o tradicional, hay violencia cuando un sujeto impone su fuerza, poder o estatus contra otro, de forma que le ocasiona directa o indirectamente daños, malos tratos o abusos físicos o psíquicos.

Violencia y agresividad son conceptos distintos, aunque difusos e indefinidos. La agresividad connota comportamientos que remiten al daño moral, físico o psíquico a otra persona. La violencia concreta el acto agresivo en el uso de fuerza física para causar daño y dolor. El conflicto hace referencia a una situación de confrontación de dos o más protagonistas, entre los cuales se abre un antagonismo originado por la colisión de intereses. En algunas ocasiones, los conflictos terminan con una actitud agresiva al no hacer uso adecuado de los instrumentos mediadores. En ese caso estamos ante la violencia que es el uso prepotente y oportunista de poder sobre el contrario, con intención lesiva y sin legitimación alguna. El fenómeno de la violencia se nos presenta difuso e ininteligible, porque lo que intentamos comprender es una agresividad injustificada, un hecho pasional descontrolado.

Si nos ceñimos al ámbito escolar, el fenómeno de la violencia interpersonal deja de ser un hecho aislado para convertirse en un grave problema que incide en la convivencia y afecta a las estructuras sociales vulnerando la actividad educativa. Al tratar de la agresividad le atribuimos una responsabilidad compartida, ya que la confrontación tiene lugar en torno a los

intereses de dos contendientes; por el contrario, la violencia supone el abuso de poder de un sujeto o de un colectivo de sujetos sobre otro que es más débil. Por ello, la violencia implica una asimetría entre las personas involucradas en los hechos agresivos.

Ya hemos aludido antes a la importancia que tiene el aprendizaje del control propio y ajeno ante la agresividad del otro en situaciones de conflicto. Ambas tareas forman parte de un largo y delicado proceso que requiere su interiorización y asimilación. No hay duda de que aprender a dominar la propia agresividad y tener habilidad para que no nos afecte la de los otros, constituye una ardua y compleja tarea. Cuando el adolescente carece de estas habilidades nunca aprendidas, no está en condiciones de entablar relaciones interpersonales fluidas, en las cuales se sirva de los consabidos instrumentos mediadores: la negociación y la palabra.

La rivalidad y la competición que surgen de la confrontación de intereses generan frecuentemente conflictos, especialmente, entre iguales. El conflicto es un proceso natural que se desencadena en el marco de un sistema de relaciones y en el que, generalmente, hay una colisión de intereses. Todo proceso psicológico tiene dos raíces: la biológica y la sociocultural que dan lugar a principios de confrontación con los demás. La raíz social, comunicativa e interactiva, que aporta al hombre su articulación cultural, a través del proceso de socialización, le abre las puertas a un mundo conflictivo, en el que tiene que aprender a llevar las riendas del control y dominio mediante la negociación y la elaboración conjunta y consensuada de normas. La raíz biológica, aboca al ser humano a la confrontación natural. Ni la una, ni la otra justifican la violencia.

Existe una estrecha relación entre los problemas de disciplina y los de violencia

entre iguales. Allí donde exista un caldo de cultivo para elaborar democráticamente unas normas consensuadas y asumidas por todos los integrantes de un grupo, donde el profesorado cumpla su rol socializador y donde los alumnos tengan la posibilidad de participar activamente en la elaboración de las reglas así como de hacer una crítica constructiva de los comportamientos y acontecimientos que se desarrollan en un aula, es fácil que disminuyan los problemas de violencia. Se requiere un clima de aula y de centro distendido, diáfano, coherente con los principios que proclama, acogedor, justo, solidario, respetuoso, abierto a las sugerencias, dispensador de confianza, que preste atención a la diversidad, posibilitando la existencia de relaciones interpersonales fluidas.

Sin embargo, la violencia aparece fortalecida en un clima en el que las reglas son arbitrarias, se elaboran al margen de los alumnos, no son claras, son zafias, incoherentes, no hay distinción entre normas preceptivas y facultativas, no existe frontera entre la libertad individual y el derecho al respeto de los demás, priman los intereses individuales, existe desconfianza, injusticia, hermetismo, autoritarismo, etc.

Siempre ha habido adultos que han ejercido violencia sobre niños y jóvenes pero, generalmente, este hecho se ha soslayado y se ha presentado como una forma eficaz y necesaria de disciplina. Por su parte, el escenario escolar está plagado de situaciones en las que unos niños violentan a otros, bien por su fuerza, bien por su estatus en la clase, ya por su habilidad para hacer determinados trabajos o por la soltura en los juegos; sin embargo, los adultos apenas han concedido importancia a estos hechos. Antes bien se han considerado como “cosas de niños”.

El paso de una disciplina autoritaria a otra participativa y consensuada puede acarrear algún conflicto aislado, pero superado el primer momento, si han

prevalecido el dialogo y la coherencia, las aguas vuelven a su cauce y se vislumbrará un nuevo modelo de convivencia en la que no tendrá cabida la violencia.

Las precedentes reflexiones son deudoras a las siguientes lecturas:

BANDURA, A. Y RIBES, E., *Modificación de conducta. Análisis de la agresión y de la delincuencia*, México, 1984. Trillas.

BERKOWITZ, L., *Agresión. Causas, consecuencias y control* Bilbao: DDB (1996).

BESAG, V., *Bullies and Victims in Schools*. Philadelphia, 1989: Open University Pres.

BUENDÍA, J., *Psicopatología en los niños y adolescentes. Desarrollos actuales*. Madrid, 1996. Pirámide.

CEREZO RAMÍREZ, F., *Conductas agresivas en la edad escolar. Aproximación teórica y metodológica. Propuestas de intervención*. Pirámide, Madrid, 1999, p. 26-27.

- “La dinámica bully-víctima entre escolares. Diversos enfoques metodológicos”, en *Revista de psicología Universitas Tarraconensis*, Vol. XIV (1992) pp. 131-145.

- *Agresividad social entre escolares. La dinámica bully-víctima*. Servicio de publicaciones de la Universidad de Murcia, 1996.

CEREZO, F. Y ESTEBAN, M., “El cuestionario BULL. Un procedimiento para la medida de la agresividad entre escolares”. *Actas del IV Congreso Internacional de Evaluación Psicológica*. Diputación de Pontevedra, 1994.

CEREZO, M. A., “Impacto psicológico del maltrato: Primera infancia y edad escolar”, en *Infancia y Aprendizaje*, 71 (1995) 135-158.

Cf *Aprendizaje*, 71 (1995) 135-158..
CEREZO, M. A., “Impacto psicológico del maltrato: Primera infancia y edad escolar”, en *Infancia y*

DOT, O., *Agresividad y violencia en el niño y en el adolescente*. Barcelona, 1986. Grijalbo.

FERNÁNDEZ GARCÍA, I. y otros, *Violencia en la escuela y en el entorno social. Una aproximación didáctica*. Madrid, 1991. Ed. CEP de Villaverde.

FERNÁNDEZ, I., *Prevención de la violencia y resolución de conflictos*. Narcea, Madrid, 1999.

GALLEGO HENAO, A.M., *La agresividad infantil: una propuesta de intervención y prevención pedagógica desde la escuela* en “Revista virtual. Univ. Católica del Norte, n° 33 (2011) 295-314.

HUESMANN, L., LAGERSPETZ, K., ERON, L., “Intervening variables in the television violence-aggression relation: Evidence from two countries”. *Development. Psychology*, 20 (1984) 746-755.

JULISA LOZA, M./FRISANCHO S., *¿Por qué pegan los niños? Creencias sobre la agresividad infantil...* En “Revista peruana de investigación educativa”, 2010, vol. 1 n° 2, pp. 59-86

MACKAL, K. P., *Teorías psicológicas de la agresión* Madrid: Pirámide Psicología, 1983.

MACKAL, K. P., *Teorías psicológicas de la agresión*. Madrid, 1983. Pirámide Psicología.

MELERO MARTÍN, J., *Conflictividad y violencia en los centros escolares, Siglo XXI de España Editores S. A.* (Madrid, 1993).

ORTEGA, R., “*Agresividad y violencia. El problema de la victimización entre escolares*”, en *Revista de Educación*, 313 (1997) pp. 7-28.

- “*Las malas relaciones interpersonales en la escuela: Estudio sobre la violencia y el maltrato entre compañeros de segunda Etapa de E.G.B.*”, en *Infancia y Sociedad*, 27-28 (1994b) 191-216.

- “*Violencia interpersonal en los centros educativos de enseñanza secundaria. Un estudio*

sobre el maltrato y la intimidad entre compañeros”, en *Revista de Educación*, 304 (1994^a), 55-67.

ORTEGA R., Del REY... *Violencia entre escolares. Conceptos y etiquetas verbales...* en “Revista interuniversitaria de formación del profesorado”, n° 41, Zaragoza, pags. 95-113

ORTEGA, R. MORA MERCHAN, J.A., *Violencia escolar. Mito o realidad* (Sevilla, Mergablum, 2000).

PALACIOS, J., “*Los datos de maltrato infantil en España: Una visión de conjunto*”, en *Infancia y aprendizaje*, 71 (1995) 69-76.

SALDAÑA, D., JIMÉNEZ, J., OLIVA, A., “*El maltrato infantil en España: Un estudio a través de los expedientes de menores*”, en *Infancia y Aprendizaje*, 71 (1995) pp. 59-68.

SÁNCHEZ GASCÓN, S., *Fundamentos biológicos de la agresividad y sus implicaciones educativas*. (Salamanca, 1972).

SERRANO PINTADO, I., *Agresividad infantil*. Madrid, 1996: Pirámide.

SMITH, P. K. Y SHARP, S., *School Bullying. Insights and Perspectives*. London, 1994: Routledge.

